

Enrique Hugo
García Valencia*

ETNOGRAFÍA

Panorama etnográfico de Veracruz



Karl Nebel, *Gente de tierra caliente entre Papanila y Misantla*, siglo XIX, litografía (detalle).

La investigación etnográfica en Veracruz cuenta ya con una tradición centenaria, incitada por una gran diversidad de pueblos de tradición mesoamericana, crónicas y descripciones de viajeros, y fascinantes descubrimientos arqueológicos. A las discusiones decimonónicas acerca de la preeminencia de Teotihuacan o Tenochtitlan, en el desarrollo de las primeras civilizaciones en este continente, le sucedió el descubrimiento de civilizaciones igualmente antiguas como la maya y olmeca, asentadas precisamente sobre la vertiente oriental del Golfo de México.

Los huastecos y popolucas, indígenas residentes del estado de Veracruz, atrajeron la atención de importantes etnógrafos y viajeros que vieron en ellos los descendientes directos de las antiguas civilizaciones maya y olmeca. La investigación de estos grupos resultaba crucial para poner orden y entender la creciente complejidad que manifestaban las civilizaciones de Mesoamérica.

De igual manera, los hablantes de lengua nahua y totonaca abrieron nuevas posibilidades de investigación, habida cuenta de su más reciente presencia en Veracruz. Estos dos grupos se asentaron en territorios que, se pensaba, fueron habitados en otros tiempos por huastecos y olmecas, produciendo importantes transformaciones culturales antes de la conquista española.

Entre esos cambios se encuentra la separación de los hablantes de lenguas mayas de Campeche, Yucatán y Chiapas de los huastecos, confinados éstos últimos al norte de Veracruz, Tamaulipas, San Luis Potosí e Hidalgo, situándose en parte de sus antiguos dominios los totonacos, nahuas, tepehuas y otomíes.

Solamente en las inmediaciones de Zongolica, los nahuas asentados antes de la conquista española, después de la caída de Tula, han conservado con cierta vigencia su antiguo establecimiento; este grupo dominó a los otros pueblos que le antecedieron, de manera que en esta región actualmente tenemos nahuahablantes .

* Centro INAH Veracruz.

En el sur de Veracruz también se asentaron los nahuas, contribuyendo a la configuración de un área cultural de gran complejidad etnolingüística. Ahí habitan conjuntamente con popolucas, zapotecos y hablantes de otras lenguas procedentes de Oaxaca y del norte de Veracruz.

económica como unidad de producción, dentro de la cual y también de manera organizada se produce y se consumen los productos, principalmente agrícolas. De ahí que la composición de la casa ha sido también un elemento importante de investigación en los estudios etnográficos.



Este mosaico cultural atrajo la atención de los primeros investigadores que trataban de entender la configuración del altiplano y su influencia hacia otras regiones. Más recientemente, los grupos indígenas de Veracruz han despertado el interés de un núcleo de estudiosos que han tratado de destacar sus peculiaridades al margen o conjuntamente con su importancia dentro del concierto de culturas indígenas de México, y sobre todo sus contribuciones a la configuración cultural mesoamericana.

Así, el estudio de términos de parentesco entre huastecos y popolucas ocupó y ocupa todavía un lugar importante en algunos de los estudios más antiguos, y otros recientes, habida cuenta de la filiación lingüística maya de la lengua huasteca y de una de las variantes popolucas conocido como zoque-popoluca.

De alguna manera, los términos de parentesco dan cuenta de similitudes en la forma de clasificar a los familiares, que puede inducir a pensar en formas comunes o parecidas de organización matrimonial y de establecimiento de alianzas parentales; de reconocer a los hijos y a otros parientes; de organizar la sucesión a los puestos y a la propiedad, además de poder entender algunas formas de utilización del territorio y de organización de la producción agrícola.

Los arreglos domésticos han recibido alguna importancia, ya sea por su relación íntima con la forma en que conviven o no lo hacen; parientes reconocidos por grados, la manera organizada y sistemática en que se reciben y se dan miembros de la casa en un intercambio continuo entre casas, o también por su importancia

Entre todos los arreglos domésticos destaca la familia extensa, en la cual conviven varias familias precedidas por un par de ancianos, o a menudo por una sola anciana. En estos casos los hijos casados llevan a sus esposas a vivir a casa de sus padres, por lo menos hasta que nazca el primer hijo, y a partir de ese momento pueden buscar un lugar propio en donde vivir. En muchos casos uno de los hijos, a menudo el menor, permanece con los padres hasta que estos mueren, sucediéndolos en su residencia.

Los hijos que se apartan de la casa de los padres pueden construir su propio hogar en algún lote proporcionado por el padre, o en alguno otro que ellos consigan. A pesar de esa separación, se conservan lazos reconocibles de ayuda mutua entre primos o entre hermanos, siendo más estrecha esa relación entre hermanos que comparten la misma madre, en caso de medios hermanos, o a veces entre primos, hijos de hermanas.

La unidad doméstica es también una unidad de producción, en donde el número de los parientes que la componen puede ser determinante en su calidad de vida, pues de manera directa su capacidad y organización productiva reedita en los logros o fracasos dentro de las labores agrícolas, las cuales en la mayoría de los casos se desarrollan ante condiciones de adversidad extrema. Llama la atención que las recurrentes, o ya prevalecientes crisis agrícolas, hayan ocasionado que los jóvenes indígenas modernos se muevan en un cierto *impasse* cultural. Las comunidades y aldeas indígenas cercanas a los centros urbanos como Xalapa, Poza Rica, Orizaba, Minatitlán u otras de las ciudades medias con las



que cuenta el estado, posibilitan la apertura de espacios de contacto con modelos y formas de vida presentados como deseables o sofisticados, generados por el aparato mediático circunscrito al cine, la radio y la televisión, principalmente. De allí que las aspiraciones de la población tradicionalmente rural ya no se encuentren en el campo, sino en las ciudades, hacia donde emigran cada vez más, compelidos por necesidades económicas y sociales.

En algunos pueblos indígenas totonacos, como por ejemplo Chumatlán, encontramos *cholos* indígenas, con pantalones de mezclilla amplios, camisas holgadas, collares, aretes, pelo largo, inclusive algunos de ellos consumiendo drogas; en otros casos, la indumentaria tradicional indígena ha cedido su lugar a la forma de vestimenta más bien mestiza y urbana. En uno u otro caso se puede predecir, de alguna manera, hacia dónde migran los indígenas por el tipo de indumentaria que adoptan. Los que migran hacia Monterrey, Laredo o el Distrito Federal tienden a vestirse como *cholos*, mientras que los que se dirigen a las ciudades próximas adoptan más bien la indumentaria urbana mestiza.

Algunos padres se han visto en la necesidad de ver por sus nietos, en ausencia de sus padres, quienes emigran hacia otros lugares. En consecuencia, la forma tradicional de la casa indígena se ve fuertemente alterada por estos movimientos migratorios, un fenómeno reciente en Veracruz, pero cada vez más frecuente.

En lugares más apartados, todavía tenemos la migración estacional, por la cual los campesinos migran una vez terminadas las labores agrícolas y regresan para levantar la cosecha. A veces permanecen en su lugar de origen hasta terminar las labores del campo, para ausentarse nuevamente durante varios meses. En estos casos, muchas de las fiestas tradicionales se vuelven más suntuosas y concurridas por el retorno de los migrantes, quienes a menudo no sólo traen grandes cantidades de dinero en pesos, sino también en dólares. Hay

pueblos en donde los efectos de la migración se notan en la construcción misma de las casas. Las paredes de madera y los pisos de tierra ceden su lugar al uso del mosaico y del ladrillo. Los techos de paja o teja dejan su lugar a los de colado. Las antiguas casas indígenas carecían de ventanales, o si acaso contaban con pequeños portillos. Ahora cuentan con estructuras de aluminio, a menudo dorado o plateado con vidrios polarizados u oscurecidos. Es cada vez más frecuente ver estacionadas frente a las casas camionetas o carros con placas de Estados Unidos, también conocidos como *chocolates*.

En muchos pueblos se empieza a difundir el modelo común de otros lugares de migrantes. Pueblos con residentes niños, ancianos y esposas con hijos pequeños, en donde la mano de obra de jóvenes y adultos se encuentra en otros lugares, regresando de forma periódica, particularmente cuando se trata de las fechas más importantes, relativas a las fiestas y celebraciones dentro de las comunidades.

A pesar de los cambios inducidos por la modernidad, los indígenas persisten en sus formas de organización tradicional comunitaria. Entre éstas se encuentran la adscripción al pueblo, por la cual periódicamente regresan para hacer valer sus derechos sobre la propiedad comunal de las parcelas, o para insertarse en el ceremonial y los rituales pueblerinos.

Al retornar al pueblo regresan a sus antiguas casas, en donde todavía encuentran a sus parientes, padres o hermanos, y en donde se hospedan o reclaman propiedades abandonadas. También es frecuente, particularmente en lugares de rápido cambio cultural, como en la región Xalapa-Misantla, que gran número de casas, y a veces la tierra misma, se encuentren abandonadas por los migrantes que nunca regresaron a reclamarlas.

De igual manera, en muchos casos, las antiguas tradiciones asociadas con los ritos católicos han cedido su lugar a nuevas manifestaciones culturales relacionadas con las iglesias protestantes. Destaca la proclividad de

Antonio García Cubas, *Carta etnográfica* (detalles), 1885, litografía, en *Atlas pintoresco e histórico de los Estados Unidos Mexicanos*.



ciertos grupos indígenas de Veracruz para adscribirse a nuevos cultos, protestantes en su mayoría. De ahí que la identidad indígena se distancie, en no pocos casos, de la religión católica. Con todo, el catolicismo sigue siendo la religión predominante, y los rituales indígenas vistosos y distintivos todavía están asociados con esta religión, por el momento.

Sobresalen entre tales manifestaciones religiosas la organización ritual, que en otros tiempos llegó a incluir la organización ceremonial, religiosa y cívica. En la actualidad estas formas organizativas se encuentran disociadas, aunque en algunos casos todavía las autoridades civiles cumplen funciones en la organización ceremonial indígena.

Por ejemplo, el culto a los santos patronos es común a todos los indígenas que profesan la religión católica.

En torno del culto al santo existe una organización ceremonial, que excede a menudo las puras funciones rituales. La mayordomía es la forma que asumen tales organizaciones, que varía grandemente de comunidad a comunidad, pero que tiene en común el constituir la forma en como el pueblo se organiza para celebrar a su santo de manera vistosa y suntuosa. Pero más allá de la pura celebración se encuentran las redes de ayuda mutua, que surgen como respuesta a la convocatoria del mayordomo, para sufragar los gastos de la fiesta. Y más allá de la celebración festiva, a menudo los mayordomos salientes conforman, en su conjunto, una especie de consejo de ancianos cuya opinión es buscada, a veces, inclusive por las autoridades civiles mismas.

La conformación de las mayordomías responde, sin embargo, a una manera indígena de concebir el mun-

Karl Nebel, *Indígenas de Papantla y voladores*, siglo XIX, litografía.



do, y a los principios ordenadores de la realidad social.

Un principio fundamental es aquel relacionado con la noción ambigua del mal y del bien, como dos realidades adversas pero complementarias. Otro principio son las acciones de los hombres, las que sólo pueden ser eficaces si concitan las fuerzas de la naturaleza y de las divinidades. De ahí que en los ritos el hombre trate de conciliar fuerzas naturales, o de concitarlas en su favor.

Por tanto, lo que nosotros consideramos como la naturaleza, no es más que el dominio de fuerzas ciegas y brutales que pueden ser concitadas en beneficio de los humanos. El trueno, los rayos, los huracanes, todos están personificados en divinidades. Éstas a su vez tienen control sobre tales elementos, mientras que otros seres espirituales lo tienen sobre la creación: la agricultura, el agua, los peces, los animales del monte.

Los seres que controlan los elementos viven en los montes, las cuevas, los ríos o el mar. Los controladores de la naturaleza viven también en el río, los lagos, lagunas, el mar, pero principalmente en el monte, un lugar ambiguo de donde proceden cosas buenas para el hombre, como los animales de caza, frutos, vegetales, pero que están bajo el dominio de dueños celosos y vengadores, quienes se ensañarán sobre los humanos si éstos no obtienen sus frutos bajo las debidas condiciones. De ahí que haya rituales para apaciguar a los dueños del monte, de las siembras, de los ríos, de las lagunas, para antes de salir a cazar, o antes de pescar. Incluso se debe pedir permiso al dueño del monte para despojarlo de su vestidura silvestre, si se busca vestirlo con su indumentaria más preciosa: el maíz.

El maíz es el producto de la conjunción de los esfuerzos humanos y divinos para crear lo que eventual-



mente se convierte en la carne de los hombres, por ser mitológicamente el alimento prototipo de los humanos.

El abandono del cultivo del maíz, ocasionado por la improductividad creciente de la tierra y la especulación sobre la misma, que se ha desarrollado recientemente, hace que tales creencias se vean abandonadas por algunos indígenas, mientras que en otros casos se urbanizan. Tenemos, por ejemplo, tanto en las ciudades como en el campo, la celebración casi universal de “Todos Santos”, una fiesta agrícola urbanizada. Asimismo están, entre otras, las creencias en los chaneques, pequeños duendes que habitan los montes, y que ahora rondan algunos jardines de Xalapa y cumplen funciones de duendes urbanos y domésticos.

La creciente globalización no es ajena a los indígenas, sujetos a las acciones de organizaciones no gubernamentales, políticas de desarrollo social emprendidas por el Estado o programas diseñados desde el Banco Mundial, y a una presencia cada vez más difundida por los medios de comunicación nacionales e internacionales, en torno a la reivindicación de sus derechos étnicos, de sus formas de organización y del derecho a la manifestación de su cultura.

Tampoco son ajenos a las múltiples manifestaciones de las fuerzas mercantiles, que incluyen la amenaza que el uso de maíz transgénico representa para la reproducción de su cultura; la adaptación de sus productos culturales a las necesidades de un mercado urbano y a menudo, transnacional, y el acecho permanente a sus tierras por parte de alguna fracción del Estado y del capital.

Las posibilidades etnográficas que el territorio veracruzano ofrece hoy al investigador son amplias, en tanto que una serie de procesos y sujetos sociales no han sido percibidos aún con fines de estudio, y sin embargo guardan una importancia elemental para comprender lo que está sucediendo en el campo y en la ciudad, al tiempo que pueden ser considerados como prioritarios dentro de una agenda de discusión, al menos de nuestra disciplina: la etnografía.